

LOS NUEVOS LETRADOS:
POSBOOM Y POSNACIONALISMO

POR

JOSÉ EDUARDO GONZÁLEZ
University of Nebraska-Lincoln

A Denisse Escobar

En un artículo que se ha visto como un ataque a los latinoamericanistas asociados con los estudios culturales en las universidades metropolitanas, Beatriz Sarlo se queja de los cambios recientes en el campo de la literatura, específicamente de que la literatura ha venido perdiendo la importancia social y cultural que había poseído a través del siglo veinte.¹ Señala, por ejemplo, la importancia de la literatura en Latinoamérica para la construcción de una esfera pública moderna a principios de siglo, o los debates críticos sobre la “fundación política o ideológica de los valores estéticos” (“Los estudios” 33) en los años sesenta y hasta comienzos de los setenta. Sarlo le atribuye a la hegemonía de lo mediático audiovisual la decadencia de la importancia social de la literatura y ve en los estudios culturales que han surgido en la última década una respuesta al desplazamiento de la literatura de aquel lugar privilegiado. Los estudios culturales cumplen para ella la función de redimir la crítica literaria a través del análisis cultural. Sin embargo, la solución de pasar a los análisis culturales, de ver la literatura como otro producto cultural a la par de los productos de cultura de masas (o del crítico literario que pasa a ser crítico cultural), es deficiente para la investigadora argentina pues la cuestión de los valores estéticos de la obra se pierde en el proceso. El peligro de los estudios culturales está, entonces, en que se acerquen demasiado a la sociología y se olviden de ese “plus” del arte. Para Sarlo, la solución al problema no se encuentra en resistirse a los estudios culturales, pues esto convertiría a la crítica literaria en “el estudio moribundo de los restos mortales de la literatura” (33). La solución está en colocar el debate sobre los valores en el centro de los estudios culturales.

Las críticas a la propuesta de Sarlo van desde el predecible ataque posmoderno al esencialismo de la noción de “valores” hasta las denuncias del intento por parte de Sarlo de defender una interpretación obsoleta del papel del intelectual en la sociedad latinoamericana.² Pero quizás uno de los aspectos más interesantes de este debate es el abandono del campo

¹ Muchas de las ideas que aparecen en el artículo de Sarlo ya habían sido mencionadas en *Escenas de la vida posmoderna*, véase especialmente los capítulos IV y V.

² La primera es la reacción de Moreiras en “The Order of Order” publicado junto a una versión al inglés del ensayo de Sarlo en *The Journal of Latin American Cultural Studies*. La segunda reacción es la de Yúdice en “Posmodernidad y valores” y a ella regresaré en detalle más adelante en el presente trabajo.

literario tanto por los que defienden como por los que critican a los estudios culturales. Incluso Sarlo prescribe la necesidad de aceptar este nuevo patrón crítico a riesgo de que la disciplina desaparezca de no hacerlo. A medida que esta lógica se impone, se vuelve más difícil una de las tareas inconclusas de la crítica literaria actual: lograr una visión de conjunto de la producción literaria de los últimos treinta años —el periodo posterior al Boom—, no, por supuesto, como si fuera un movimiento o grupo con un estilo colectivo, sino como un desarrollo literario en relación a los cambios históricos y económicos que son comunes a toda la literatura de este periodo. La diversidad de respuestas que prosiguieron al Boom, la interpretación del testimonio como expresión posliteraria, ajena tanto al Boom como al resto de la literatura reciente que se produce en América Latina, entre otros aspectos, dificultaron dicha tarea.

Recientemente han vuelto a surgir los intentos por periodizar el posboom,³ a lo que han contribuido numerosos factores: la simplificación del fenómeno del Boom, que aunque injusta es posible aceptarla si consideramos que siempre existe en los escritores de un nuevo ciclo una simplificación del anterior ante el cual se rebelan; nuevas lecturas del testimonio que lo analizan como parte de la tradición literaria latinoamericana; y, por supuesto, las contribuciones de los críticos culturales, especialmente sus observaciones en cuanto a la democratización social y cultural que ha venido transformando el campo literario a partir de los años setenta y que analizaré más adelante en detalle.⁴ Así, lo que propongo aquí es replantear la propuesta de “abandonar” los estudios literarios de un modo que podría ser su opuesto: propongo regresar precisamente ahora al campo literario para observar lo que sucede con la literatura latinoamericana —lo que sucede en/dentro del texto, por decirlo de alguna manera— una vez que ésta pierde su lugar privilegiado en la sociedad. ¿Cómo han afectado estos cambios históricos las estrategias textuales de esta literatura? O, expresado de una manera más provocadora, ¿qué tal si es precisamente esa pérdida de prestigio y poder la clave para entender los cambios técnicos de la literatura latinoamericana en las últimas décadas? ¿Qué tal si ése es el centro que define y controla su estética?

El término posboom parece apropiado para definir este periodo gracias a su carácter descriptivo que, más que sugerir una superación de la etapa anterior, alude a las consecuencias de ese periodo, es decir, a lo que sucede *después* del periodo de máximo éxito comercial y mayor grado de profesionalización de la literatura en América Latina.⁵ Dado el éxito extraordinario del Boom, éste se convirtió, por primera vez en la constitución del sistema literario latinoamericano, en un trasfondo común que serviría de punto de referencia a una gran cantidad de escritores de diferentes naciones latinoamericanas (López González 666 y 681). Una manera de explicar la reacción que sigue al éxito *comercial* del Boom es verla

³ Véase el reciente libro de Shaw y también el número especial de *Twentieth Century Studies* (1995) editado por este mismo crítico, que contiene ensayos de Gerald Martin, Gustavo Pellón y otros.

⁴ Una crítica importante a la idea del testimonio como posliteratura es la hecha por Larsen (“Introduction” 11). Hay un intento de reclamar el testimonio como parte de una tradición literaria realista en la taxonomía del género por Rodríguez-Luis. En su último libro, y en respuesta a la controversia Stoll-Menchú, Beverley parece haber abandonado su interpretación anterior: “I happen to think that, *I, Rigoberta Menchú* is one of the most important works of *literature* produced in Latin America in the last twenty years” (*Subalternity* 71) [énfasis de Beverley].

⁵ Sobre el nombre que debe aplicarse a este periodo, véase el debate entre Shaw (“Skármeta”) y Williams.

como un ajuste a los cambios en la constitución del público lector, y en la oferta y la demanda del producto literario. Los estudios realizados hasta ahora sobre los cambios en el mercado durante el Boom han hecho hincapié en el papel protagónico de las editoriales para mercadear la que en ese momento era la “nueva narrativa latinoamericana” a través de numerosas estrategias comerciales (Rama “El boom”), así como para controlar el tipo de producto cultural que se ofrecía, a menudo igualando calidad literaria con dificultad textual y experimentación narrativa (Danny Anderson). Es curioso, por eso, que el fin del Boom llegue en el momento de mayor expansión del público lector en Latinoamérica. No sólo hay un decrecimiento notable en la tasa de analfabetismo en las últimas tres décadas, sino que aumenta extraordinariamente la cantidad de los estudiantes que asisten a las escuelas secundarias y superior, y, lógicamente, con ello también el público potencial de la literatura creada en América Latina.⁶ ¿Por qué entonces la impresión general de que el éxito de esta literatura llega a su fin ya hacia mitad de los setenta?

Lo primero que hay que notar es que es obvio que el supuesto misterio de obras de calidad que llegan a un público masivo durante el Boom era el resultado de una oferta muy pequeña en comparación a la demanda. La oferta definitivamente aumenta a comienzos de los setenta y esto, junto a la disminución del poder de las elites tradicionales para establecer una hegemonía cultural⁷ y el consiguiente aumento de la influencia del mercado libre, hace que probablemente se venda más (o al menos igual) en las décadas del posboom que durante el Boom, pero también que estas ventas estén distribuidas entre un mayor número de textos, escritores y editoriales que entran en el mercado. La oferta aumentará de tal modo que aun con el crecimiento del público no será posible, excepto en raras ocasiones, que un escritor logre las ventas que lograban los escritores del Boom. Es lógico que la inmensa mayoría de los nuevos escritores que se forman leyendo a García Márquez, Donoso o Vargas Llosa, ansiando lograr el mismo grado de profesionalización e independencia económica, vayan a ver estos deseos frustrados. El Boom literario, propiamente dicho, no llega a su fin en términos comerciales, sino que hay un desplazamiento de mercado que crea un ambiente de desilusión,⁸ y a la vez de mayor democracia gracias a las nuevas oportunidades que brinda la ampliación del mercado. Ambas sensaciones (desilusión y democracia) producidas por el mercado son las que reaparecen, como veremos, en el proceso de transformación de los

⁶ Las tasas brutas de escolarización para el nivel secundario aumentan de 27.0 en 1970 a 44.4 en 1980 y 50.9 en 1990. La del nivel superior va de 6.3 en el 1970 a 13.7 en 1980 y 16.8 en 1990. Véase el “Table II.S.5”, *Unesco Statistical Yearbook* 1999, en línea, Unesco Institute for Statistics (14 de diciembre de 2000). Disponible: unesco.org.

⁷ En el caso específico de la literatura mexicana, López González ve la época anterior a los setenta regida por elites intelectuales, por “animadores culturales”, situación que cambia en los últimos treinta años a medida que aumenta la influencia del mercado. Para la crítica, esta influencia es mayormente negativa (y en esto se lo puede comparar con Sarlo) pues ha creado una “crisis de criterios” para evaluar la calidad de la literatura (680). Las conclusiones a las que llega Danny Anderson en su estudio de la editorial Joaquín Mortiz confirman la impresión de López González (34).

⁸ Sentimiento de desilusión al que seguro contribuyen la crisis de 1973 y los fracasos para realizar cambios sociales en la misma década. Nota Castañeda que ya en los setenta, y bajo la influencia de Moscú, Cuba comienza a establecer lazos formales con los otros países latinoamericanos y a apoyar menos los movimientos armados.

intelectuales del posboom. Es este proceso el que será en gran parte responsable de poner fin a la hegemonía estética e ideológica del Boom.

Uno de los temas centrales de los estudios culturales latinoamericanos —de hecho, una de las razones que supuestamente hacen necesaria su práctica— es la transformación por la que ha pasado el intelectual latinoamericano en los últimos treinta años. Indirectamente, el tema también ha hecho que notemos —a través de debates como el de Sarlo y los críticos culturales— la creciente separación entre los críticos literarios y culturales radicados en las universidades metropolitanas y los intelectuales del sur. Aumenta cada vez más la impresión de que a través de la teoría metropolitana se le continúan imponiendo a Latinoamérica clasificaciones que violentan el objeto de estudio y que en esta imposición de identidad hay intereses económicos y profesionales creados.⁹ Éste, sin duda, es el sentimiento que Sarlo expresa de manera imprecisa al hablar de los estudios culturales como estrategia para darle empleo a los críticos literarios (“Los estudios” 35). Lo que llama la atención no es que se estén “traficando identidades”, pues se podría argüir que estas prácticas teóricas no son recientes, sino que sea precisamente en estos tiempos, en esta última década, cuando se haya acentuado el desfasaje entre los intelectuales que trabajan en el campo de los estudios latinoamericanos en el norte y los del sur. ¿Por qué no ocurrió antes con la misma fuerza? Antes que nada, hay que mencionar que este tipo de división tajante entre norte y sur presenta problemas, pues como apunta Román de la Campa, “Latin Americanism cannot simply be divided into neat categories between here and there, particularly with so many diasporic Latin Americans commuting between borders” (16). Y los estudios culturales, por ejemplo, provienen tanto del norte como del sur. Lo que sí es posible y hasta necesario es reconocer que los latinoamericanistas en las metrópolis trabajan en el contexto de la historia de su profesión en la academia liberal y bajo la influencia más directa de un nuevo tipo de capitalismo. Un análisis de la situación del intelectual en la academia metropolitana nos ayudará a dibujar el marco histórico necesario para entender la evolución reciente del letrado latinoamericano.

A partir de los años sesenta y, especialmente durante los setenta, como resultado indirecto del éxito global del Boom, por un lado, y la importancia creciente de América Latina para la política internacional, por otro, comienzan a surgir con mayor fuerza los estudios latinoamericanos en las universidades metropolitanas. En el caso de los Estados Unidos, por ejemplo, el interés en la literatura latinoamericana incluso desplaza la atención que antes la academia le concedía a la literatura española. La importancia que adquieren estos estudios latinoamericanos debe ser entendida en el contexto señalado por Aijaz

⁹ Véanse, por ejemplo, los siguientes comentarios de Masiello: “La identidad de género es a menudo el vehículo oculto de transporte para un proyecto narrativo en particular, el cual da forma a los gustos de los consumidores transnacionales viajando entre el norte y el sur. Tal y como queda determinado por el norte, se espera de los hombres y mujeres latinoamericanos que actúen según unos deseos regulados, que ofrezcan una narrativa de identidad propia que se adapte fácilmente al circuito internacional” (746). Mabel Moraña ve algo similar en el modo en que Latinoamérica es “teorizada” por los estudios subalternos y poscoloniales, los cuales marcan “el espacio de la periferia con la perspectiva de un neoxotismo crítico que mantiene a América Latina en el lugar del otro, un lugar periférico y marginal, con respecto a los discursos metropolitanos” (50). Beverley defiende los estudios subalternos de lo que él llama Neo-Arielismo en *Subalternity* (16-20) y “Negotiating” (254-56).

Ahmad de la creación de la teoría del tercer mundo. Que el controvertido libro de Ahmad, *In Theory*, casi no haya sido discutido o haya tenido un impacto mínimo en la crítica latinoamericana practicada en las universidades metropolitanas es interesante pues indica que se percibía hasta hace poco una sincronía entre los que estudiaban la literatura latinoamericana en el norte y en el sur.¹⁰ La “teoría del tercer mundo” se refiere al a veces ilógico proceso por el cual se agrupó a un conjunto heterogéneo de países y les fueron asignadas una serie de características comunes. En el campo de los estudios y la enseñanza de la literatura en las universidades metropolitanas, la designación “tercer mundo” sirvió de base para crear la categoría de literatura tercermundista. La mayor parte del estudio de Ahmad está dedicado a señalar los errores de esta visión totalizante de la literatura de un tercer mundo que no existe por parte de la academia metropolitana, pero también a analizar las condiciones que permitieron esta operación en primer lugar.

Ahmad indica que existe un contexto político global muy preciso en el cual surge la teoría del tercer mundo. Se trata del periodo Bandung, nombrado así por la conferencia de 1955 a partir de la cual se comenzó a usar con frecuencia la expresión tercer mundo para referirse a este conjunto de países. Ahmad analiza las múltiples mutaciones que atraviesa el término —y la lista de países incluidos— hasta que se comienza a asociar con una ideología nacionalista y las culturas nacionales como defensa ante el imperialismo. El periodo coincide con los movimientos de liberación nacional, en su mayoría en estados todavía coloniales (en América Latina con el impulso de la revolución cubana y los movimientos armados que inspira), y termina hacia principios y mediados de los setenta (con la derrota de Allende en Chile marcando el fin de la época en el lado latinoamericano). Lo importante de este periodo es que se trata de un nacionalismo antiimperialista que forma parte de la configuración global hasta finales de los setenta y que sirve de base a las categorías de literatura tercermundista, especialmente en las universidades metropolitanas.

El proceso por el cual este constructo político se convirtió en base de la categoría de literatura tercermundista es igualmente complejo y lleno de contradicciones. Por un lado están los exiliados políticos que se mudarán a las metrópolis, cada cual por razones únicas, pero en general como reacción a regímenes totalitarios, y que como muchos exiliados de diferentes partes del tercer mundo, en su gran mayoría de clase media y media alta, se establecerán en la academia metropolitana. Añadido a esto, menciona Ahmad, se encuentran los patrones cambiantes de inmigración interna en las metrópolis así como la experiencia de los nuevos estudiantes graduados que sobrevalorizarán las culturas de su lugar de origen como refugio ante la degradación y el prejuicio que encuentran en la universidad liberal (84). Muchos de estos estudiantes también pasarán a formar parte de este mundo académico. Para Aijaz Ahmad estos grupos de exiliados e inmigrantes serán en gran parte responsables de la visión metropolitana de la literatura tercermundista que surge en este periodo. Por un lado, se leerá esta literatura como un conjunto de obras que más o menos compartían ciertas características del tercer mundo, muchas veces sin tomar en consideración diferencias históricas y culturales, y por otro lado, también harán a un lado los problemas de clase e

¹⁰ Una excepción es Neil Larsen cuya idea de “canonical decolonization” le debe mucho a la crítica de Ahmad al tercermundismo que resumo en estas páginas (“Introduction” 16-18). Larsen también usa su análisis del periodo Bandung para criticar la ideas de hibridez y posnacionalismo en que se basan poscolonialistas como Bhabha (véase Larsen, “DetermiNation”).

ideología para usar las obras tercermundistas como representantes de culturas nacionales y como alternativa al imperialismo cultural.

Aunque las observaciones de Ahmad sobre el proceso de creación de la categoría metropolitana de literatura tercermundista se refieren mayormente a los inmigrantes y exiliados asiáticos, estas experiencias, como nota el crítico, también incluyen a Latinoamérica y el Caribe en cuanto esta literatura pasará a ser parte de ese canon tercermundista. Pero lo que no nota Ahmad es que el caso de Latinoamérica es diferente. Es cierto que en general la teoría del tercer mundo afectará (y continúa afectando) el modo en que se recibe la literatura de Latinoamérica, especialmente entre los no especialistas. Pero también es cierto que esta visión de una literatura latinoamericana y tercermundista como representante principalmente o exclusivamente de una cultura nacional, será perfectamente compatible con la defensa de la cultura local promovida por los intelectuales desde Latinoamérica y con la interpretación del Boom como la declaración de una autonomía literaria latinoamericana a través de un lenguaje y una realidad latinoamericana (Sommer y Yúdice 206). Hay así poco conflicto entre el latinoamericanismo y tercermundismo metropolitano y el que se promueve desde Latinoamérica misma durante estos años.

La situación cambia con el fin del periodo Bandung. El final de esta época está marcado por la desilusión por los fracasos del nacionalismo tercermundista para lograr autonomía local o para detener el imperialismo, la crisis económica que comienza a principios de los setenta y el fin de los movimientos armados de liberación nacional. Todo ello en conjunto tendrá un efecto ideológico en los intelectuales metropolitanos que los llevará a moverse hacia nociones del posnacionalismo y, en consecuencia, comenzará a desaparecer la categoría de literatura tercermundista (que deja de ser vista como arma útil para combatir el imperialismo) y a ser reemplazada por las nuevas concepciones poscoloniales, subalternas y los estudios culturales en general. La falta de sincronía entre las academias metropolitanas y los intelectuales latinoamericanos que experimentamos en el presente—quiero argüir—surge precisamente del fin del periodo Bandung y la eliminación de cierta visión del nacionalismo que ahora ha pasado de ser una categoría liberadora a una restrictiva y totalitaria.¹¹

Pero el efecto del fin de este periodo no explica por completo la actitud diferente del intelectual metropolitano frente a la literatura latinoamericana, esa tendencia a “teorizarla”

¹¹ La manera limitada en que se vio el nacionalismo en el periodo Bandung en las metrópolis afectó las posibilidades de pensar el problema de otra manera. La solución no es abandonar el nacionalismo sino aceptar que en su articulación siempre han existido problemas de clase y complejas relaciones entre las regiones y el centro. Recientemente Beverley sugería que la alternativa al nacionalismo no es posnacionalismo (véase su crítica al posnacionalismo de García Canclini [*Subalternity* 115-32]), sino repensar la idea de la nación de una manera nueva (*Subalternity* 153). Pero en realidad lo que sugiere Beverley no es nuevo sino un reconocimiento de la complejidad que siempre ha existido en la idea de la nación. Lo que Benedict Anderson notaba en *Imagined Communities* era que la idea de la nación en América comenzó basada en límites geográficos y un sentido de comunidad que no estaban relacionados a ninguna idea de unión por cultura, raza o idioma que debía ser impuesta a la población. Estas ideas vendrían después, cuando se convierte el concepto de la nación en uno modular que es exportado a Europa y luego de allí al resto del mundo. Aun si criticamos el origen americano de la nación, el hecho es que desde sus comienzos la nación se concibe como una unidad más compleja que la que los críticos culturales atacan.

que crea la sensación de que se “trafica” con identidades latinoamericanas para satisfacer una necesidad de la academia metropolitana. Hay que mirar este problema, me parece, a partir de los cambios recientes en el capitalismo al que están expuestos los estudios literarios metropolitanos a un nivel mayor que en Latinoamérica. Aunque últimamente se ha prestado mucha atención a la reorganización de la educación en la academia metropolitana por medio de la adaptación de modelos corporativos, creo que es más útil entender la primacía de la teoría en esta época a partir de la evolución reciente del capitalismo y no desde los límites de la reacción de la academia. Es conocido que el posnacionalismo predicado por los estudios culturales encuentra su correlativo económico en el paso del modo de acumulación fordista-keynesianista, que implicaba la intervención de la nación-Estado en la economía, a la acumulación flexible, en la cual aumenta la capacidad de mover el capital globalmente y la función del Estado se reduce a crear condiciones favorables para atraer la inversión internacional. Pero es necesario hacer hincapié en un aspecto particular de la acumulación flexible por su relación directa con la producción de teoría contemporánea y se trata, como ha señalado David Harvey, de la importancia que ha adquirido bajo este modo de producción posfordista, “the powers of intellectual labour as a vehicle for further accumulation” (186). No se trata, como se pensó inicialmente, meramente del control de información, sino del control del *conocimiento*, es decir, cómo se usa el conocimiento, qué tipos de conocimientos deben permanecer tácitos o públicos, etc. Esto ha dado lugar a lo que se conoce como *capitalismo del conocimiento* (“knowledge capitalism”), teorías que proponen que lo que caracteriza la nueva época capitalista no es simplemente el aumento en el tráfico de información, sino el control del conocimiento como clave para lograr una mayor acumulación de capital.¹² El conocimiento es por eso definido como “the cumulative stock of information and skills derived from use of information by the recipient. Where the recipient is a human being, knowledge thus reflects the processing (thinking or cognition) by the brain of the

¹² Sobre la teoría del capitalismo del conocimiento, véase el libro de Burton-Jones. Recientemente se han comenzado a publicar libros o manuales orientados a las empresas y negocios con información sobre estrategias para utilizar mejor el conocimiento con el objetivo de aumentar las ganancias: véase, por ejemplo, *Managing Knowledge Workers* y por Horibe y *Rise of Knowledge Worker* por Cortada en la bibliografía a este artículo. Este último libro pertenece a una serie sobre el tema publicada por la editorial Butterworth-Heinemann. Hay un claro elemento ideológico en esta tendencia a privilegiar el control del conocimiento como la clave para lograr éxito económico. Decir, como hace Burton-Jones, que “on present trends, over 80 per cent of the workforce are likely to be involved in information building tasks by 2020” (9), es ignorar las realidades de los países menos desarrollados de donde seguro vendrá la mayor parte del trabajo manual y olvidarse de las relaciones de explotación que continuarán existiendo aunque en apariencia sólo se esté trabajando con conocimiento. Pero también es muy cierto que el control de conocimiento se está convirtiendo rápidamente en el terreno que buscan controlar y por el cual lucharán las corporaciones y las naciones. El control de los derechos de propiedad intelectual, como explica John Frow con excelentes ejemplos, marca la nueva línea divisoria entre los países más desarrollados y el resto del mundo. El patrón de “intercambio” es bastante familiar: los países más desarrollados exportan los derechos de propiedad intelectual, los menos desarrollados los importan; las definiciones de derechos de propiedad se cambian para permitir patentes de “productos naturales”, etc. Como indica el título de su artículo, la tendencia en la nueva economía es a ver el conocimiento como “mercancía” mientras en los países menos desarrollados todavía prevalece la visión del conocimiento como “regalo” al cual todos deberían tener acceso.

‘raw material’ supplied in the form of information” (Burton-Jones 5). Vale la pena recordar que el conocido libro de Lyotard sobre el posmodernismo es principalmente un informe sobre el estado del conocimiento en la sociedad actual. Para Lyotard lo que ha sucedido es una cosificación del conocimiento, el cual adquiere valor igual que si fuera mercancía:

The old principle that the acquisition of knowledge is indissociable from the training (*Bildung*) of minds, or even of individuals, is becoming obsolete and it will become even more so. The relationship of the suppliers and users of knowledge to the knowledge they supply and use is now tending, and will increasingly tend, to assume the form already taken by the relationship of commodity producers and consumers to the commodities they produce and consume—that is, the form of value. Knowledge is and will be produced in order to be sold, it will be consumed in order to be valorized in a new production: in both cases, the goal is exchange. Knowledge ceases to be an end in itself, it loses its “use-value”. (4-5)

Un ejemplo literario puede servir como analogía para ilustrar el proceso del conocimiento que se vuelve mercancía y su efecto en la academia. El ejemplo, como tantos sobre el posmodernismo, viene de Borges. Por una conjunción de razones personales e históricas, Borges desarrolló una estética que se oponía a la noción modernista de la literatura como trabajo arduo: en lugar de escribir una novela de quinientas páginas, daba un resumen de su argumento; en lugar de obligar al lector a acumular conocimiento a través de una penosa lectura para llegar a entender algún concepto original del tiempo (el equivalente del proceso del *Bildung* que menciona Lyotard), prefiere explicar ese concepto en una o dos oraciones. El resultado no es solamente un texto breve; es también uno en el cual el autor necesita producir constantemente nuevas teorías, nuevas ideas que le permitan continuar el acto de escritura. De ahí que la forma típica del texto borgiano sea la proliferación de teorías (sobre el tiempo, religión, etc) que a menudo se contradicen unas a otras ya que no existe una visión de mundo final que el lector va a “aprender” a través de la lectura.¹³ Este modo de producción de ideas es lo que caracteriza el campo teórico actual—sin *Bildung*, sin *telos*—y lo conecta con el capitalismo del conocimiento. Los estudios literarios mismos dan la impresión de convertirse en “a marketplace of ideas, with massive supplies of theory as usable commodity, guaranteeing consumers free choice and a rapid rate of obsolescence” (Ahmad 70). La teoría, podría decirse, se privatiza, se convierte en un capital cultural en el que se puede invertir. Como en el caso de Borges, lo importante es crear nuevas teorías. Así, por ejemplo, vale la pena notar el modo en que Beverley describe el surgimiento de los estudios subalternos latinoamericanos como “a new form of academic knowledge production” (*Subalternity and Representation* 3) que incluso ni siquiera requiere ya del informante subalterno como fuente original de esta teoría.¹⁴

¹³ Por eso la forma de la enciclopedia aparece tan a menudo en los cuentos de Borges: se dan allí resúmenes de diversas áreas del conocimiento. Como en la lectura de una enciclopedia, lo importante es el resultado, el proceso por el cual se adquiere conocimiento no se experimenta o es reducido al mínimo.

¹⁴ Así lo describe Beverley en una entrevista reciente: “We are disconnected by virtue of being in an elite position, from subaltern culture, but now we have a series of techniques that allow us to access

Lo que nos interesa ahora es cómo afectan las condiciones de posnacionalismo y acumulación flexible a los intelectuales latinoamericanos y cómo han modificado la función social de éstos. Veamos primero la narrativa de esta transformación del intelectual según la presentan los estudios culturales latinoamericanos. En un libro que parece haber tenido gran influencia en los estudios culturales, *Utopía desarmada*, Jorge Castañeda señalaba que la influencia del intelectual tradicional en la sociedad latinoamericana se debe a que en ella han existido históricamente estados fuertes y sociedades civiles débiles. Los intelectuales en América Latina han tenido que realizar el trabajo que generalmente llevan a cabo instituciones sociales. Sin embargo, con la aparición de los movimientos de base en las últimas décadas y con la ola de gobiernos democráticos que han surgido, la sociedad civil se ha vuelto más fuerte y los grupos antes excluidos y que necesitaban del intelectual para que hablara por ellos, tienen mayor representación (Castañeda 205-39). Hay un “cambio de guardia”, dice Castañeda, de los intelectuales a los movimientos de base. La posición del intelectual en la sociedad se modifica, perdiendo de ese modo el lugar privilegiado que antes poseía.

George Yúdice acepta este análisis de Castañeda y lo usa como punto de partida para explorar la nueva situación del intelectual.¹⁵ Haciéndose eco del argumento de Castañeda, Yúdice alega que cuando surgen los nuevos movimientos sociales “the role of the intellectual diminishes, often becoming a fellow traveler, chronicler or testimonialista ... rather than the intermediary between state, elites and subordinated groups” (“Intellectuals” 162).¹⁶ De hecho, la defensa que Yúdice hace de los estudios culturales ante el ataque de Sarlo se deriva de esta visión de la historia de Latinoamérica. Sarlo, en opinión del crítico, representa simplemente un letrado tradicional que siente nostalgia por la autoridad que antes poseía (“Posmodernidad” 407). Lo que Yúdice añade a la teoría de Castañeda es su intento

the subaltern directly, instead of depending on the native informant of classical anthropology, who just told us what you wanted to know in the first place” (“Negotiating” 241).

¹⁵ Yúdice desarrolla estas ideas en varios artículos. “Estudios culturales y sociedad civil” y “Intellectuals” parten de sus reacciones al Primer Encuentro de la Red Interamericana de Estudios Culturales en México en 1993. También en “Posmodernidad y valores”, el cual es su respuesta al artículo de Sarlo sobre los estudios culturales (véase nota 2). Moreiras (“Order of Order”) y Beverley (“Negotiating”, *Subalternity* 159) se hacen eco de muchas de las ideas de Yúdice.

¹⁶ Hay razones para dudar de la teoría de Castañeda y de Yúdice según la cual el intelectual tenía tanto poder en América Latina porque existía allí una sociedad civil débil. Esta idea supone que en sociedades más avanzadas ha existido una sociedad civil fuerte y el intelectual ha perdido su poder hace tiempo, pero en Francia, por ejemplo, el intelectual no comienza a perder poder sino hacia principios de los setenta al igual que en Latinoamérica (Jennings 74-77). Igualmente problemática es la teoría de Carl Boggs para quien a medida que las sociedades occidentales se industrializan, los intelectuales van perdiendo su poder y se van tecnocratizando (da un ejemplo en su análisis de la historia del Partido Comunista Italiano en su capítulo “Transformation of Intellectuals”). Los movimientos sociales surgen, según esta teoría, como resultado de una crisis de la modernidad. En la etapa actual existen, dice Boggs, dos tipos de intelectuales, los tecnocráticos, orgánicos a las sociedades industrializadas, y los intelectuales críticos (“critical intellectuals” o los compañeros de viaje de que habla Yúdice) que apoyan los movimientos sociales. Pero en América Latina no han surgido nunca esas élites tecnocratizadas, ni el proceso de industrialización se ha dado al mismo nivel que en los países más avanzados. Latinoamérica, según esta teoría, todavía estaría en una etapa tradicional y por eso los intelectuales tendrían más poder allí, lo cual no está de acuerdo con la realidad.

de trazar con más detalle la evolución del intelectual a través de una interpretación de la obra de Ángel Rama.

Según la lectura de Rama hecha por Yúdice, durante la época del modernismo hispanoamericano comienza a ocurrir una separación entre la obra de arte, la cual se vuelve autónoma, y las funciones sociales del letrado, o sea, su rol como representante de la sociedad civil latinoamericana. La obra literaria modernista, sin embargo, al menos funciona como una compensación cultural por la modernidad que no se da en la sociedad. Durante el periodo del Boom, este proceso llega a su máxima expresión. El texto literario se convierte en un producto totalmente autónomo, pero el letrado todavía posee su influencia como intelectual: “El intelectual, como su sucesor del Boom, pongamos como ejemplo Cortázar, Fuentes, Vargas Llosa o García Márquez, pudo crear literatura autónoma, por una parte, y participar en la política, por otra, sin confundir ambas actividades” (409). La tarea de hablar por la sociedad civil ha sido completamente desplazada de la obra literaria a la figura pública del escritor. En la época más reciente —después del Boom— se completa ese desplazamiento de autoridad y se democratiza el campo cultural al ceder el letrado el poco poder que le quedaba. Ahora ni la literatura ni el escritor son importantes y en la decisiones que determinan las “políticas culturales” intervienen numerosos actores antes excluidos y se utilizan una gran variedad de expresiones culturales y productos artísticos (“Intellectuals” 164).

Aunque útil —especialmente para justificar la necesidad de moverse a los estudios culturales una vez que la literatura ya no es la manifestación cultural central— la lectura de Yúdice necesita de algunas correcciones que podrían llevarnos en una dirección diferente. En la inconclusa *Ciudad letrada* la situación del letrado durante el Boom no aparece analizada directamente, pero Rama la teoriza en sus varios escritos sobre la transculturación narrativa. Maribel Ortiz ha encontrado la primera elaboración de la teoría del transculturador en la temprana noción de “factorías internas” (término que luego es abandonado por el de transculturación) que Rama utiliza en un ensayo sobre Martí a principios de los setenta (79-133). Las factorías internas tenían la función de traducir el impulso modernizante del exterior y adaptarlo a la cultura local. Esta función será atribuida más tarde a los transculturadores cuyo trabajo será seleccionar ciertos aspectos de la cultura moderna. Pero los transculturadores del Boom no son los únicos que Rama veía como traductores: lo que él intenta en su obra póstuma, *Las máscaras democráticas del modernismo*, y con su teoría de “las dos vanguardias”, es encontrar operaciones transculturadoras ya presentes en los textos modernistas y vanguardistas.¹⁷ En los textos del Boom este tipo de traducción cultural aparece a nivel del desarrollo de la *técnica literaria*, la cual adquiere un lugar privilegiado tanto por su compensación cultural por el subdesarrollo socioeconómico como por la ilusión de autonomía cultural que crea (González, “¿El fin de la modernidad?”).

La obra del Boom, para Rama, y a pesar de la fuerte influencia de la escuela de Frankfurt en sus escritos, no es el objeto monádico que la interpretación adorniana de Yúdice propone, sino el lugar donde la modernización del exterior se traduce y se adapta para el consumo

¹⁷ En varios lugares a través de *Las máscaras*, Rama habla de la labor de actualización que realiza el modernismo (69). Su intención es mostrar ejemplos de cómo los modernistas “manejaban [modelos extranjeros] trabajando con una materia propia e interna” (167). Uno de los ejemplos más importantes, pero no el único, es el proyecto modernista de incorporar “el habla cotidiana” americana a su literatura.

local. Lo que se pierde a partir de los setenta, entonces, es este control que tenía el letrado para decidir cuáles influencias culturales del exterior eran aceptadas y cómo, es decir, la habilidad para utilizar su creación cultural como una especie de filtro protector de la cultura local. La justificación era que sólo así se podía actualizar la cultura local sin destruirla. Las teorías de Rama se enfocaban más en la mediación entre la nación y el exterior que en la función del intelectual como mediador entre la débil sociedad civil y el estado.¹⁸ Aunque tanto Yúdice como Castañeda reconocen la importancia de los cambios en la economía global en la transformación del intelectual (Yúdice, “Intellectuals” 160), ambos parecen atribuirle a los nuevos movimientos sociales y a las transiciones democráticas el papel principal en esta transformación. Pero lo que se designa democracia es también el resultado de una penetración más directa del capitalismo en América Latina en su etapa de acumulación flexible. La pérdida de la capacidad de actuar como traductor en el posboom se debe ver como un reflejo de la incapacidad de la nación en la época de acumulación flexible para controlar y seleccionar las influencias externas que son “compatibles” con la cultura nacional. Aquí reaparecen las dos reacciones que notáramos al comienzo en referencia al efecto del mercado del libro en la época del posboom. Democracia, por un lado, por la posibilidad de los nuevos grupos para expresarse y, por el otro, pesimismo por la pérdida de poder del intelectual.

Esta corrección de la interpretación de la obra de Rama es importante porque nos permite notar que la autoridad del letrado —contrariamente a lo que alega Yúdice— estaba todavía presente a nivel *textual* en la época del Boom. Y, así, poder señalar uno de los orígenes del cambio estético que ocurrirá en el periodo que le sigue: las prácticas textuales más relevantes del posboom estarán directamente relacionadas con la pérdida del lugar privilegiado del intelectual. El rechazo de lo que representa la autoridad letrada en el periodo del Boom, se reflejará en muchos de los modos de escritura nuevos de la literatura del posboom, ya sea a través del abandono total de la experimentación técnica y el regreso al realismo; o por medio de una modificación del significado y uso de la experimentación (para Piglia y Eltit, por ejemplo, la experimentación ya no será ese lugar utópico que los colocará al mismo nivel que las literaturas más “avanzadas” de la metrópoli, ni mucho menos representará la creación de un lenguaje o realidad “latinoamericana”),¹⁹ o se representará esta crisis de autoridad del letrado a algún otro nivel de contenido y/o forma. El testimonio pertenece así al posboom no sólo por su rechazo de la dificultad textual (Beverley y Zimmerman 178), sino porque la tensión de la crisis de autoridad aparece en el problema de la *mediación* que determina la forma de este género.

¿Cuáles son las alternativas del intelectual latinoamericano para relacionarse con la sociedad en la nueva época cuando deja de ejercer su poder dominante? Según los críticos culturales éstas son dos: una es convertirse en un “compañero de viaje” de grupos de base

¹⁸ Para Castañeda el papel del intelectual como intermediario entre América Latina y el exterior es tan importante como su situación entre la sociedad civil y el estado. Castañeda, sin embargo, ve al intelectual como un importador de “ideas, ideologías, teorías y doctrinas sociales” (212) pero no menciona el proceso de traducción cultural que llevaba a cabo.

¹⁹ La influencia de la crítica posmoderna a las ideas de progreso artístico y cultural creó la posibilidad de abandonar la experimentación del Boom pues dejó de considerarse como el modo de escritura más avanzado (González, “Post-Boom” 123-25).

o movimientos sociales y la otra es reevaluar las posibilidades liberadoras de los productos de culturas de masas anteriormente rechazados por la alta cultura de los letrados. En ambos casos está implicado un nuevo concepto de la nación. El acto de traducción textual del transculturador todavía presupone cierto nivel de unidad cultural que cada vez es más precario en la visión posnacionalista de los estudios culturales. Neil Larsen, Mabel Moraña y otros han criticado recientemente la ideología de la hibridez que críticos culturales como Homi Bhabha utilizan para atacar el concepto de la nación. Pero creo que vale la pena analizar la versión del posnacionalismo en la que se basan muchos de los comentarios de los críticos culturales latinoamericanos porque presenta una idea diferente de cómo se ha disuelto la idea de la nación, en este caso a través de los medios masivos de comunicación.

La idea que presentan los estudios culturales es que en lugar de estar determinada por una cultura “nacional”, la identidad de los sujetos latinoamericanos está formada por hábitos de consumo de productos masivos (música, moda, video-cultura, etc.). Néstor García Canclini, en *Consumidores y ciudadanos*, nota cinco modificaciones socioculturales que están ocurriendo en todos los campos de investigación. Dos de ellas son de especial interés aquí:

La reelaboración de lo propio, debido al predominio de los bienes y mensajes procedentes de una economía y una cultura globalizadas sobre los generados en la ciudad y la nación a las cuales se pertenece. [Y] la consiguiente redefinición del sentido de pertenencia e identidad, organizado cada vez menos por lealtades locales o nacionales y más por la participación en comunidades transnacionales o desterritorializadas de consumidores (los jóvenes en torno del rock, los televidentes que siguen los programas de CNN, MTV y otras cadenas transmitidas por satélite). (24)

Se crean identidades transnacionales que no toman en cuenta las diferencias de cultura, raza, o de clase social. Sin embargo, contrariamente a lo que esperan los proponentes de los estudios culturales, la respuesta del intelectual y del ciudadano (o del intelectual como consumidor y ciudadano) a este posnacionalismo creado por el mercado no desemboca necesariamente en una actitud democrática, en el uso de su poder como consumidor de un modo liberador, ni en la creación de intelectuales como “compañeros de viaje” de los grupos excluidos del poder. Un ejemplo de la reacción de los nuevos letrados a la disolución de la idea de la cultura nacional se puede observar en la obra del chileno Alberto Fuguet. En el prólogo a *McOndo*, la antología de literatura reciente editada por el mismo Fuguet y por el también escritor chileno Sergio Gómez, los editores comentan que los autores en ese volumen buscan representar una realidad latinoamericana urbana y determinada por la cultura de masas. Es una realidad que nada tiene que ver con “la ilusión del realismo mágico para la exportación” o con culturas folklóricas y tradicionales: “Para nosotros, el Chapulín Colorado, Ricky Martin, Selena, Julio Iglesias y las telenovelas (o culebrones) son tan latinoamericanos como el candombe y el vallenato” (15-16). El resultado es un intelectual que se siente alejado de los “mitos” de la cultura nacional:

Pareciera, al releer estos cuentos, que estos escritores se preocuparan menos de su contingencia pública y estuvieran retirados desde hace tiempo a sus cuarteles personales. No son frescos sociales, ni sagas colectivas (13) ... [Son los cuentos de] un grupo de

nuestros escritores hispanoamericanos que escriben en español, pero que no se sienten representantes de alguna ideología y ni siquiera de sus propios países. (17)

La misma actitud se puede observar en la novela *Mala onda* (1991) de Fuguet, en la cual el protagonista Matías Vicuña, un adolescente de clase alta de Chile que se benefició con la dictadura de Pinochet, ve su personalidad en relación a sus gustos musicales (exclusivamente cierto tipo de música norteamericana) y no a una cultura nacional. La acción de la novela se sitúa en las dos semanas que preceden a la votación que aprobaría la llamada constitución de Pinochet en septiembre de 1980. La intención de Matías es adoptar una posición posideológica. Por un lado, le dan asco las acciones de su círculo familiar y su clase social, pero aclara que esto no significa que se convertirá en el “brazo armado del MIR” (251). Excluida la relación del intelectual con la sociedad que implicaba la idea de la cultura nacional, la opción política de izquierda aparece únicamente representada (y caricaturizada) a través de un estilo de música (folklórica, y de canciones de protesta, Víctor Jara, Violeta Parra, Silvio Rodríguez) que el protagonista detesta y no en términos de la responsabilidad del escritor, o de la necesidad de traer cambios sociales a una nación con la cual Matías no siente lazos históricos o culturales. Matías es demasiado joven para votar en el plebiscito, pero al final de la novela se obliga a sí mismo a tomar una decisión simbólica cuyo resultado no es nada sorprendente. Al mismo tiempo que el gobierno de Pinochet gana la votación, Matías decide regresar a su casa, apoyar y ayudar a su padre y aceptar los beneficios de su clase social. En lugar de crear un nuevo intelectual latinoamericano que busca en los movimientos sociales o en los mass-media ejemplos de desalineación como alegan los críticos culturales (Yúdice, “Intellectuals”164), el posnacionalismo lleva a Fuguet a distanciarse de la sociedad.

García Canclini de seguro condenaría esta lectura de Fuguet por apocalíptica. Es obvio que hay otras maneras progresistas de utilizar la cultura de masas, pero he ahí quizás uno de los problemas principales del proyecto de los estudios culturales latinoamericanos, ¿qué nos asegura que este posnacionalismo no terminara desasociando al consumidor, al intelectual como consumidor, de su entorno social, haciendo que se retire a su “reino interior” y anulando toda posibilidad de acción social? La solución de García Canclini al problema es curiosa: sugiere que el estado establezca un mayor control sobre los medios de masa, una re-regulación del tipo de cultura popular que nos llega a través de ellos, pero sin que tenga control total para que no caiga en la defensa de las “tradiciones nacionales” (127-30). Según su análisis del problema, el error del nacionalismo-popular era preocuparse por la “alta cultura” o el folklorismo, cuando en realidad era a través de la cultura de masas que se formaban las nuevas identidades latinoamericanas. Cuando García Canclini habla de que debe haber “una promoción pública de la cultura latinoamericana”(130) para evitar que los videoclubes en América Latina se conviertan en sucursales de Hollywood parece ir en contra de sus propias teorías. Lo que pide García Canclini es un regreso a la situación del estado como “filtro cultural” (aunque sólo parcialmente) que observáramos en el periodo del nacionalismo-popular, sólo que ahora que la nación ha “desaparecido”, justificar la intervención del estado para detener la “americanización” de la cultura, se vuelve una tarea difícil sino imposible.

La importancia de estas observaciones sobre la situación actual del intelectual frente al posnacionalismo para nuestra periodización del posboom es que indica que el rechazo a la estética del Boom no implica necesariamente, como a menudo se dice sobre el posboom, un regreso a una ficción más comprometida con la denuncia de los problemas sociales. Quizás lo que notamos en el caso de Fuguet y otros escritores de su generación se trate de una nueva dirección en la literatura latinoamericana que ya no se pueda clasificar como "posboom". Quizás sea una nueva época que será conocida por su "realismo urbano" y cuyas principales características incluyen el posnacionalismo, la narración de la experiencia privada y urbana, y, en especial, la crisis de responsabilidad social del intelectual como reflejo de la ausencia de responsabilidad del estado neoliberal actual. Pero está claro que esto dependerá de la ideología de los autores y los proyectos literarios individuales. Lo que sí se puede señalar a modo de conclusión para todo el periodo que viene después del Boom es que en general estas obras responden a nivel artístico, en técnica o contenido, a la pérdida de autoridad del letrado.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahmad, Aijaz. *In Theory. Classes, Nations, Literatures*. Londres: Verso, 1992.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. Londres: Verso, 1991.
- Anderson, Danny J. "Creating Cultural Prestige: Editorial Joaquín Mortiz". *Latin American Research Review* 31/2 (1996): 3-41.
- Beverly, John. *Subalternity and Representation*. Durham: Duke University Press, 1999.
- ____ y James Sanders. "Negotiating with the Disciplines". *Journal of Latin American Cultural Studies* 6/2 (1998): 233-58.
- ____ y Marc Zimmerman. *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: University of Texas Press, 1990.
- Burton-Jones, Alan. *Knowledge Capitalism. Business, Work, and Learning in the New Economy*. Oxford: Oxford University Press, 1999.
- Boggs, Carl. *Intellectuals and the Crisis of Modernity*. Nueva York: State University of New York Press, 1993.
- Castañeda, Jorge. *Utopía desarmada*. México: Joaquín Mortiz, 1993.
- Cortada, James. *Rise of the Knowledge Worker*. Boston: Butterworth-Heinemann, 1998.
- De la Campa, Román. *Latin Americanism*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- Frow, John. "Information as Gift and Commodity". *New Left Review* 219 (1996): 89-108.
- Fuguet, Alberto. *Mala onda*. Chile: Alfaguara, 1996.
- ____ y Gómez, Sergio. "Presentación del país McOndo". *McOndo*. Barcelona: Grijalbo, 1996. 9-18.
- García Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México, DF: Grijalbo, 1995.
- González, José Eduardo. "El post-boom y la dificultad textual como ideología". *Revista de Estudios Hispánicos* 33 (1999): 91-114.
- ____ "¿El final de la modernidad literaria?: técnica y tecnología en la crítica de Ángel Rama". *MLN* 113/2 (1998): 380-406.

- Harvey, David. *The Condition of Postmodernity*. Cambridge: Blackwell, 1989.
- Horibe, Frances Dale Emy. *Managing Knowledge Workers*. Nueva York: J. Wiley, 1999.
- Jennings, Jeremy. "Of Treason, Blindness and Silence: Dilemmas of the Intellectual in Modern France". *Intellectuals in Politics. From the Dreyfus Affair to Salman Rushdie*. Jeremy Jennings and Anthony Kemp-Welch, eds. Nueva York: Routledge, 1997. 65-85.
- Larsen, Neil. "Introduction". *Reading North By South*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995. 1-22.
- _____. "DeterminiNation: Postcolonialism, Poststructuralism and the Problem of Ideology". *Dispositio/n* 20/47 (1995): 1-16.
- López González, Aralia. "Quebrantos, búsquedas y azares de una pasión nacional (dos décadas de narrativa mexicana: 1970-1980)". *Revista Iberoamericana* 164-165 (1993): 659-85.
- Lyotard, Jean-François. *The Postmodern Condition*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984.
- Masiello, Francine. "Tráfico de identidades: mujeres, cultura y política de representación en la era neoliberal". *Revista Iberoamericana* LXII/176-177 (1996): 745-66.
- Moraña, Mabel. "El boom del subalterno". *Revista de Crítica Cultural* 15 (1997): 48-53.
- Moreiras, Alberto. "The Order of Order". *Journal of Latin American Cultural Studies* 8/1 (1999): 125-46.
- Ortiz, Maribel. *La modernidad conflictiva: Angel Rama y el estudio de la literatura latinoamericana*. Tesis doctoral, State University of New York-Stony Brook, 1993.
- Rama, Ángel. "El boom en perspectiva". *La crítica de la cultura en América Latina*. Saúl Sosnowski y Tomás Eloy Martínez, eds. Caracas: Ayacucho, 1985. 266-306.
- _____. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Arca, 1985.
- Rodríguez-Luis, Julio. *El enfoque documental en la narrativa hispanoamericana: estudio taxonómico*. Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Sarlo, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Ariel, 1994.
- _____. "Cultural Studies and Cultural Criticism at the Crossroads of Values". *Journal of Latin American Cultural Studies* 8/1 (1999): 115-24.
- _____. "Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa". *Revista de Crítica Cultural* 15 (1997): 32-38.
- Shaw, Donald. *The Post-Boom in Spanish American Fiction*. Nueva York: SUNY, 1998.
- _____. "Skármeta Between Post-Boom and Postmodernism". *Revista de Estudios Hispánicos* 33 (1999): 153-60.
- Sommer, Doris y George Yúdice. "Latin American Literature from the 'Boom' On". *Postmodern Fiction. A Bio-Bibliographical Guide*. Larry McCaffrey, ed. Westport, CT: Greenwood, 1986. 189-214.
- Williams, Raymond L. "Response to Donald Shaw's 'Skármeta Between Post-Boom and Postmodernism'". *Revista de Estudios Hispánicos* 33 (1999): 161-65.
- Yúdice, George. "Posmodernidad y valores". *Revista de Estudios Hispánicos* 32 (1998): 399-414.
- _____. "Intellectuals and Civil Society in Latin America". *Annals of Scholarship* 11/1-2 (1994): 157-74.

_____ “Los estudios culturales y sociedad civil”. *Revista de Crítica Cultural* 8 (1994): 44-53.